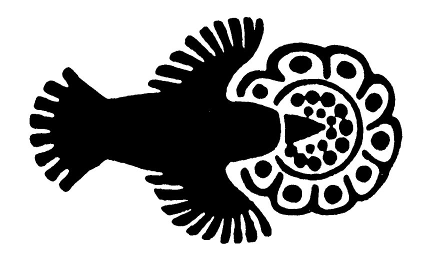
El manto de Juan Diego

JOSÉ LUIS GUERRERO







Reina del cielo,
siempre bendita y misericordiosa Virgen,
salve, Hija preciosa de Dios Padre;
salve, Madre amada de Dios Hijo;
salve, Esposa querida de Dios Espíritu Santo.

Te alabamos nosotros a ti
que descendiste del cielo
y prodigiosamente te apareciste
a los pobres indios.

Te invocamos a ti,
Santísima Madre de Guadalupe,
que misericordiosamente nos dejaste
tu imagen.

Vuelve a nosotros esos tus ojos.

(Oración tomada del "*Nican Tlantica*", siglo XVII)

El manto de Juan Diego

JOSÉ LUIS GUERRERO

El manto de Juan Diego

Breve historia de la Aparición de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe



EDITORIAL LIMUSA

MÉXICO • ESPAÑA • VENEZUELA • ARGENTINA • COLOMBIA • PUERTO RICO

Elaboración: Iconograf Diseño, S. C.

Balderas 95, Primer piso, 06040, México, D.F.

Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial. Registro Núm. 121

Primera edición: 1990
Impreso en México
(9104)

ISBN 968-18-3416-X

ÍNDICE

Introducción

Del 9 al 12 de diciembre de 1531 sucedió en México un acontecimiento aparentemente muy sencillo, pero que tendría una trascendencia inimaginable en su historia, pues resultó el impulso definitivo a la evangelización de todo el continente: un indio vio a una celestial Señora en la colina del Tepeyac, la cual le confió que era la Madre de Dios y que deseaba para Él un templo ahí mismo, para lo que le rogaba pidiese la aprobación y colaboración del Obispo, lo cual se logró luego de varios no fáciles problemas y, al final, en el ayate de él quedó impresa la imagen de la Señora, que hasta la fecha conservamos.

Ese acontecimiento parecería tener todos los elementos de una bella leyenda, y como tal lo han considerado muchos; pero la historia y la crítica modernas, al examinarlo con todo su frío rigor, no sólo no han encontrado falsedades sino que se han topado con otros elementos tan inesperados como sorprendentes, como las imágenes impresas en los ojos y las estrellas del manto, que han venido a confirmar y a ampliar todo lo que ya sabíamos. Todos esos elementos, sin embargo, están dispersos en varios libros o en investigaciones aún inéditas, de manera que es muy oportuno enlistarlos al menos en una obrita pequeña y manual.

Sin embargo, la más importante e inesperada de todas esas sorpresas no es algo físico, sino con-

ceptual, pues se trata de una anticipación de casi cinco siglos del Concilio Vaticano II que Dios hizo para que sus hijos, los indios mexicanos, pudiesen captar el mensaje del Evangelio presentado dentro del único marco con que podían presentarlo los misioneros españoles, el de su cultura europea, que para nada se adaptaba a la de ellos. Es decir, que antes siquiera de que se conociese esa palabra, tuvieron los indios una "inculturación" de la fe, capaz de hacer penetrar el mensaje de Cristo en una cultura no cristiana, con elementos propios y originales de ella misma, y con tanto éxito que, hasta la fecha y pese a todo tipo de deficiencias e incongruencias humanas, ha hecho de México un país fervientemente católico.

Todo eso sonaría a algo complicado y misterioso, pero, como decíamos. Lo que llamamos el "Acontecimiento Guadalupano", *nada tiene de eso, antes al contrario, fue —como ya dijimos— de lo más sencillo: En cuatro días, del sábado 9 al martes 12 de diciembre de 1531, un indio mexicano,* Juan Diego Cuauhtlatoatzin *vivió la experiencia de entrar en contacto con una bellísima Señora, que se presentó como la Madre de Dios, para pedirle que pidiera al primer Obispo de México,* Fray Juan de Zumárraga, *que edificara allí mismo, al pie de la colina, un templo a su Hijo. Él se rehusó en un principio, pidió luego una señal y recibió tres: unas flores, un moribundo sanado, y* una imagen de Ella, *impresa en su presencia en la tilma del indio y que sorprendentemente conservamos.*

Eso es todo, pero es muchísimo más de lo que parece, puesto que esa imagen y todo el suceso fue una especie de "mensaje cifrado", tan perfectamente comprensible para los indios como imperceptible para los españoles de entonces, que convencería a aquéllos de aceptar sin reservas la religión de éstos, viéndola y entendiéndola no como ellos se la pudieron presentar, sino en una forma mucho mejor, como podría intentarlo hoy

un misionero, que, luego de laboriosos estudios antropológicos y teológicos, pudiera demostrarles que no se trataba de una sustitución y destrucción de la propia, sino de su perfección y coronamiento. *Y esto resultó tan eficaz que no sólo la aceptaron en seguida, sino que de allí surgimos un pueblo nuevo, el México mestizo de hoy en día.*

Y este México, espontáneamente continúa identificándose con esa imagen, la siente raíz y esencia de su ser. Esto lo reconocemos todos los mexicanos, pero para muchos podría parecer algo meramente sentimental o cultural, por eso es tan sorprendente y conmovedor encontrar que es mucho más, que es de veras raíz y esencia en un sentido mucho más literal de lo que parecería concebible. Y poner fácilmente a nuestro alcance el elenco de los elementos que lo demuestran es el intento de estas páginas.

Antecedentes

Para poder entender esto, es preciso recordar algunos antecedentes. La población de América era de raza mongólica, fuerte, ingeniosa y profundamente religiosa. Establecidos aquí desde la época prehistórica, habían ascendido de primitivos cazadores y colectores, a esforzados constructores de grandiosos centros urbanos, a inventores de plantas, como el maíz, —que es una planta "artificial" creada por ellos— a grandes artistas, pensadores y poetas.



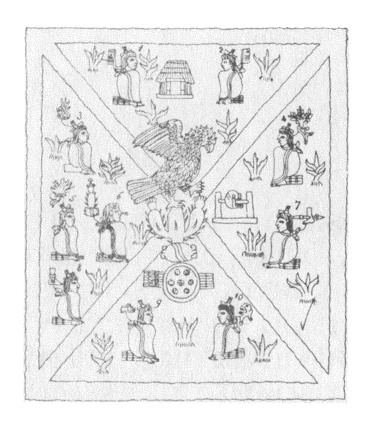
Escena de matrimonio.
Códice Mendocino

En sus vestidos eran sobrios y elegantes; aunque los trajes de ceremonia de los grandes jefes podían ser deslumbrantes armazones de pieles y plumas, en general los hombres vestían sólo un braguero y una capa: "*in Maxtlatl in Tilmatli*", y las mujeres una falda y una camisa: "*in Cueitl in Huipilli*", y esas prendas eran símbolo de la persona misma: decir "*In Cueitl in Huipilli*" era un difrasismo que equivalía a "*mujer*", e igualmente la tilma, la capa, era símbolo del varón, y tanto que el matrimonio se hacía anudando la tilma de éste con el huipil de la esposa. La tilma podía ser de suave algodón y con lujosos bordados en el caso de un jefe, pero lo usual para el pueblo era que fuese de la fibra del maguey, que es una planta agavácea, muy abundante en México, de cuyas carnosas y grandes hojas sacaban, además de esa fibra, un líquido azucarado y fermentable que constituía su vino y cuyas grandes espinas terminales, duras y recias, eran usadas como clavos o como venerados instrumentos de penitencia.



Quetzalcóatl en su aspecto de Ehecatl dios del viento. Una espina de hueso se clava en su cabeza y la sangre brota como una flor que liba un colibrí.

Al momento de la llegada de los españoles, la hegemonía indiscutible la tenía una tribu: los aztecas o mexicas, que hacía no mucho, alrededor del año 1300, había llegado a los valles centrales del altiplano mexicano, habiendo salido en 1115 de su tierra ancestral, Chicomostoc o Aztlán. En 1323, al hallar en un islote lodoso del centro del lago a un águila posada sobre un nopal y devorando una serpiente, se establecieron allí fundando su ciudad con la construcción de un pobre templo. Pese a lo inadecuado del sitio, en breve, en menos de dos siglos, habían alcanzado el dominio de gran parte de su mundo, transformado ese templo en otro grandioso, sus chozas en palacios y a su miserable pueblecillo en la ciudad más grande y opulenta del Anáhuac.



Fundación de Tenochtitlan.
En la parte superior se ve un escudo y unas flechas sobre los que descansa una piedra "tetl" de donde nace un nopal con tunas "nochtli" en el que está posada un águila devorando un corazón. Arriba una pobre choza y a la derecha una calavera espetada en un morillo consignan el primer templo y el primer sacrificio.
Abajo están las primeras conquistas: Culhuacán y Tenayuca, simbolizadas por un templo en llamas. La ciudad, pues, se funda al levantar el templo, y se liquida al destruirlo. (Códice Mendocino).

Todo eso lo habían logrado por su invencible convicción de ser "El pueblo del Sol", es decir, el pueblo por antonomasia destinado a alimentar al Sol, que para sobrevivir su diario combate con sus hermanastros, la Luna y las Estrellas, requería de su linfa vital, "el Agua preciosa": la Sangre, que él mismo había dado a los hombres y que de ellos necesitaba ahora recibirla.


Escena de sacrificios humanos

Según ellos este mundo era "el quinto mundo", pues ya antes había habido otros cuatro, todos terminados en desastre por descuido de sus habitantes. Éste también podía fenecer en cualquier momento, si no estaban atentos a alimentar al Sol con ese líquido precioso, y también, cuando lo necesitaran, a los demás dioses. Esa sangre tenía que ser tanto la propia como la de los enemigos capturados en el campo de batalla. Por ello todos los días se sangraban en actos de penitencia personal y toda la vida combatían para tener prisioneros que ofrecer en sacrificio, y por eso también la guerra era la ocupación más noble y digna del hombre, el Dios de la Guerra era un colibrí: Huitzilopochtli ("Colibrí del Sur"), y quienes murieran en ella o en el sacrificio se convertían también en colibríes y vivían felices libando las flores, que eran "*corazón y cuerpo de Dios*".

Con todo, pese a todos esos diosos hambrientos de sangre, creían en uno solo, del que los demás eran sólo aspectos o símbolos. A éste lo llamaban "*Ometéotl*" "*Dios del dos*" o "*Dios de la Dualidad*", (Es decir, el que es perfectamente uno), pero también lo conocían por otros nombres, como *Tloque Nahuaque*, —"*Dueño del cerca y del junto*"— , *Ipalnemohuani* —"*El que viviendo crea la vida*"—, *Moyocayani Teyocoyani Tlayocoyani*, —"El creador de Sí, de las personas y de las cosas" e *Ilhuicahua, Tlatipaque Mictlane*, —"Dueño del Cielo, de la Tierra y del Mundo de los Muertos" a este Dios lo consideraban demasiado alto e importante para poder interpelarlo directamente, y por eso más bien lo adoraban y servían a través de los demás, que eran sus figuras, más adecuadas a la pobre capacidad humana de comprensión, seguros de que Él así los entendía y recibía. Sin embargo, anhelaban poder captarlo y amarlo a Él directamente, aunque consideraban que eso era imposible para el hombre, salvo breves atisbos que podía lograr a través del éxtasis y de la poesía.

Los Aztecas, como la mayoría de los mexicanos, hablaban el "*nahuatlatolli*", es decir el "habla armoniosa", una lengua riquísima y elegante, tan llena de vuelos poéticos como de conceptos profundos y sintéticos, en la que es muy frecuente la repetición o iteración de un concepto bajo diversos aspectos, como "*in mitl in chimalli*" —"Flecha y Escudo" para decir "La Guerra"; "*nocozcahuan noquetzalhuan*" —"Mis joyas, mis Plumas preciosas" para decir "Mis hijos", y así, a su esfuerzo por alcanzar a percibir a Dios, lo llamaban "*In Xóchitl in cuicatl*": "*Flor y Canto*", pues consideraban a las flores la manifestación más bella de Dios en el mundo y al canto la mejor alabanza del hombre.

Amantísimos de la cultura, tanto que a sus sabios los apreciaban por encima de sus gobernantes, consignaban su historia y sus ciencias no en escritos fonéticos, sino a base de imágenes, que

no eran retratos, sino verdadera escritura, pues todos sus elementos, como colores o adornos, constituían un mensaje. Así, pintando, confeccionaban verdaderos libros, llamados "*Amoxtli*" y reverenciaban grandemente a quien los pintaba, y más aún al sabio que los guardaba y poseía, al "*Amoxhua*": el "Dueño del libro", pues éste era siempre un sabio cuya autoridad consultaban y seguían sin chistar los mismos gobernantes. La inmensa mayoría fueron destruidos, pero los pocos que quedaron nos dan idea de su gran habilidad para comunicarse a través de esas imágenes, mezcla admirable de fantasía y realismo.

Eran también grandes astrónomos, y su calendario, o, mejor dicho, sus calendarios eran mucho más exactos que el europeo de entonces, aunque muy complicados, pues tomaban en cuenta no sólo el movimiento de la Tierra y del Sol, sino también el de Venus y un calendario mágico adivinatorio de 260 días, en tal forma que todos esos elementos sólo concordaban cada 104 años solares, que eran su "siglo" y que llamaban "*Huehuetitliztli*": "Vejez". (Quién haga la cuenta, puede ver que entre su salida de Aztlán y la fundación de México-Tenochtitlan hay exactamente 208 años, dos "vejeces", mismas que vuelven a repetirse en 1531.)

En su organización política se gobernaban en forma colegiada. Cada grupo de por lo menos siete casas, (Cada casa comprendía un considerable número de personas, pues no vigía el concepto de familia nuclear, sino de familia extendida), formaba un Calpulli, que elegía a un jefe llamado *Tlatoani*, ("El que habla": su gran aprecio de la elocuencia, hacía que dieran ese título antonomástico a dirigente), y la reunión de todos los *Tlatoanime*, junto con representantes del Clero y de la Milicia, constituía el *Tlatocan*, cuerpo colegiado que era el que gobernaba efectivamente, pero por medio de ejecutivos, el principal de los cuales era el *Huey Tlatoani*, el Gran Tlatoani, quien, pese a ser electi-

vo y removible, gozaba de inmenso poder y respeto, puesto que era considerado "*Imagen de Dios*". Este cargo tenía *Motecuhzoma Xocoyotzin*, el famoso Moctezuma, elegido en 1503 y muerto en 1520, a quien, por lo tanto, le tocó recibir a Hernán Cortés y protagonizar el drama de lo que ellos creyeron que era el "Retorno de Quetzalcóatl".

Todos los indios estaban convencidos de que el país pertenecía a este Dios: *Quetzalcóatl*, "Serpiente de plumas preciosas" o "Gemelo Precioso", quien probablemente fue un soberano divinizado a quien atribuyeron haberles enseñado todo lo bueno y útil que tenían, pero inducido a pecar por otro dios rival, *Tezcatlipoca*, "Espejo humeante", lleno de vergüenza, se purificó en una hoguera y se autoexiló, aunque prometiendo volver algún día a reasumir su reino. Cuando Cortés llegó a las costas orientales de México exactamente en la fecha en que esperaban a Quetzalcóatl, y proclamándoles que venía como embajador de un gran rey de allende el océano, Moctezuma no pudo dudar que se trataba del dios que volvía y le recibió como a tal.

Cortés tuvo la habilidad de provocar y manipular una guerra civil entre los indios y no mucho después, el 13 de agosto de 1521, la maravillosa Tenochtitlan quedaba completamente destruida, cosa que impactó tanto a todos los habitantes del país, que los más se sometieron sin lucha. Pero a muy poco tiempo vieron todos, igual vencedores que vencidos, que los blancos estaban muy lejos de ser el benigno dios que esperaban, sino que eran verdaderos "*popoloca*", es decir "bárbaros", que les trajeron tan terrible serie de calamidades, (las más de ellas involuntarias, como enfermedades a las que ellos no estaban inmunizados), que a la vuelta de pocos años todo su mundo parecía a punto de fenecer. Para ellos esto resultaba especialmente horrible e incomprensible porque en su mentalidad lo verdadero —"*Nelli*" en náhuatl— es

sinónimo de *estable, perenne, definitivo*, y, en cambio, "*yancuic tlatolli*": "Palabra nueva" lo era de falsedad, de modo que no podían entender que se les tratase de imponer una "nueva" cultura y, mucho menos una "nueva" religión.

En un texto náhuatl, que informa el diálogo entre algunos sabios aztecas sobrevivientes y doce frailes franciscanos españoles apenas llegados a México, encontramos una muestra del sobrecogedor trauma del fin de una gran cultura:

"Habéis dicho que no conocíamos
al Señor del Cerca y del Junto,
a Aquél de quien son los cielos y la tierra.
Habéis dicho que no eran verdaderos nuestros dioses.
Nueva palabra es ésta, la que habláis.
Por ella estamos turbados, por ella estamos golpeados, porque nuestros progenitores no acostumbraban hablar así...
¿A dónde deberemos ir ahora?
Somos gente común,
somos efímeros, somos mortales.
Dejadnos ya morir,
dejadnos ya perecer,
puesto que nuestros dioses han muerto...



Indios llorando.
(Tira de la Peregrinación)

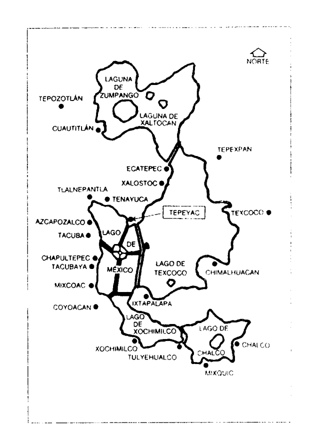
Pero apenas diez años después de la caída de Tenochtitlan, en 1531, fecha de lo más significativa, puesto que era aniversario tanto de la fundación de México como de la salida de Aztlán, sucedió un "hecho" extraordinario que señalaría para los aztecas el principio de su vuelta a nacer.

La Virgen se aparece sobre el Tepeyac

Esos doce frailes franciscanos llegados de España en torno a 1524 habían comenzado de inmediato a predicar el Evangelio a los indígenas, que, como pueblo guerrero convencido de que la victoria era del más apto, estaban preparados para aceptar al dios vencedor, pero no para entender una religión NUEVA tan intransigente como el Cristianismo inquisitorial de los españoles de ese entonces, que veían demonios en todo lo que no fuera exactamente su ortodoxia. Los indios podían entender que Jesucristo fuese más fuerte que Huitzilopochtli, pero para ellos *los dos* no eran sino figuras del solo y único *Ometéotl*. No tenían, pues, mayor reparo en aceptar a uno en vez del otro, pero NUNCA podían aceptar que TODOS sus Dioses, Ometéotl incluido, fuesen demonios.

Gracias a Dios, el Evangelio es demasiado bello y claro para que lo podamos arruinar del todo aun con los peores instrumentos humanos, y consta que hubo conversiones sinceras, hechas tras profunda reflexión e información, y tan sinceras como para dar la vida por su nueva fe. Uno de estos conversos fue un cierto *Cuauhtlatoatzin*, nacido en 1474 en Cuautitlán, en el calpulli de Tlayácac, a unos 20 kilómetros al norte de México, que tomó al bautizarse el nombre de Juan Diego. Para 1531 ya era un hombre mayor y viudo, profundamente piadoso, que todos los sábados por devoción, y

los domingos por obligación, se dirigía a Tlatelolco, un barrio de la ciudad de México, donde aún no había convento pero sí doctrina para oír Misa y conocer "las cosas de Dios que les enseñaban sus amados sacerdotes". Para esto tenía necesariamente que bordear el Tepeyac, pues de allí arrancaba el dique-calzada que atravesaba el lago para entrar a la ciudad.



Mapa de los antiguos lagos de México.
La colina del Tepeyac está al norte, unida a México-Tenochtitlan por un largo dique-calzada.

Pero el sábado 9 de diciembre de 1531, al pasar a lo largo de la colina, escuchó que provenía de ella un maravilloso canto de pájaros, y "como que el cerro les respondía". Subió, intrigado, y de repente, al cesar el canto, oyó una dulce voz que lo llamaba: "*Juanito, Juan Dieguito!*".



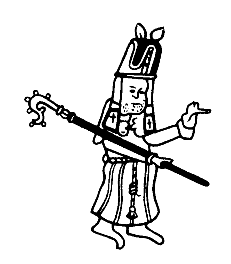
La más antigua representación de Juan Diego en un grabado del siglo XVI

Llegado a la cima encontró a una joven Señora que estaba ahí de pie, envuelta en un vestido reverberante como el sol. Hablando en perfecto náhuatl, se presentó como la *Madre de Ometéotl*, del

único Dios de todos los tiempos y de todos los pueblos: "*Sábete, hijito mío amadísimo, que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo Dios, del Autor de la vida, del Creador de los hombres, de Aquél en quien todas las cosas subsisten, del Señor del cielo, del Dueño de la tierra.*" Y le explicó su presencia confiándole un gran deseo de Ella para realizar, el cual le confería a él una embajada: "*Ve al palacio del Obispo de México, y dile que yo te mando para que me provea aquí una casa, levantándole a mi Hijo un templo al pie de la colina.*"

Juan Diego debió quedar aturdido de dicha desde el primer momento: Del punto de vista del indio, la petición no era petición, sino sublime concesión, pues levantar un templo al Dios que siempre habían venerado los mexicanos, y precisamente en ese año, aniversario de la fundación, era reiniciar su reino; pero la Señora fue escrupulosa en su respeto al representante humano de su Hijo, y mandó estrictamente que *todo* se hiciera con su conocimiento y su permiso, y prometió que en ese templo ella, la Madre de Dios, se mostraría Madre también de "*todos los que en esta tierra estáis en uno... y de todos los que me amen*".

Juan Diego, aunque debería estallar de felicidad y de deseos de pregonar a todos sus hermanos la maravillosa nueva que la Madre de Ometéotl les traía, fue absolutamente discreto, y nadie, ni siquiera sus más íntimos, supo nada del asunto hasta que el Obispo español lo examinó y aprobó.



El primer obispo de México
(Códice Vaticano A 3738)

En seguida se dirigió al Obispo, el franciscano Juan de Zumárraga, a quien pudo ver no sin dificultades, y le narró puntualmente todo lo sucedido, sin que, por supuesto, éste le creyera: "*Ven otra vez, y te escucharé con más calma*", lo despachó. Triste y desconcertado, retornó al Tepeyac, y con perfecta cortesía náhuatl excusó al Obispo ante la Señora inculpándose él del fracaso, por ser pobre e insignificante, y por tanto inepto para tan gran embajada. La Virgen no aceptó sus excusas, antes le recalcó que a él precisamente, y a nadie más que a él lo quería como su "*mensajero muy digno de confianza*" y le ordenó que al día siguiente volviera a insistir, orden que él aceptó sin chistar.

Al día siguiente, pues, domingo, después de oír Misa Juan Diego regresó al obispado para toparse nuevamente con el mismo rechazo, aunque esta vez el Obispo le pidió una "*señal*" para poderle creer, y apenas hubo partido lo hizo seguir por algunos criados de su confianza, pero éstos lo perdieron de vista al pie de la colina, y, enojados, malinformaron al Obispo asegurándole que era un falsario. De nuevo ante la Señora celestial le notificó la exigencia de Zumárraga, que Ella aceptó con naturalidad, citándolo allí mismo al día siguiente para entregársela, más al volver Juan Diego a su casa satisfecho, se encontró con la horrible nueva que su tío, Juan Bernardino, a quien al uso el indio amaba como a padre, estaba sumamente grave.

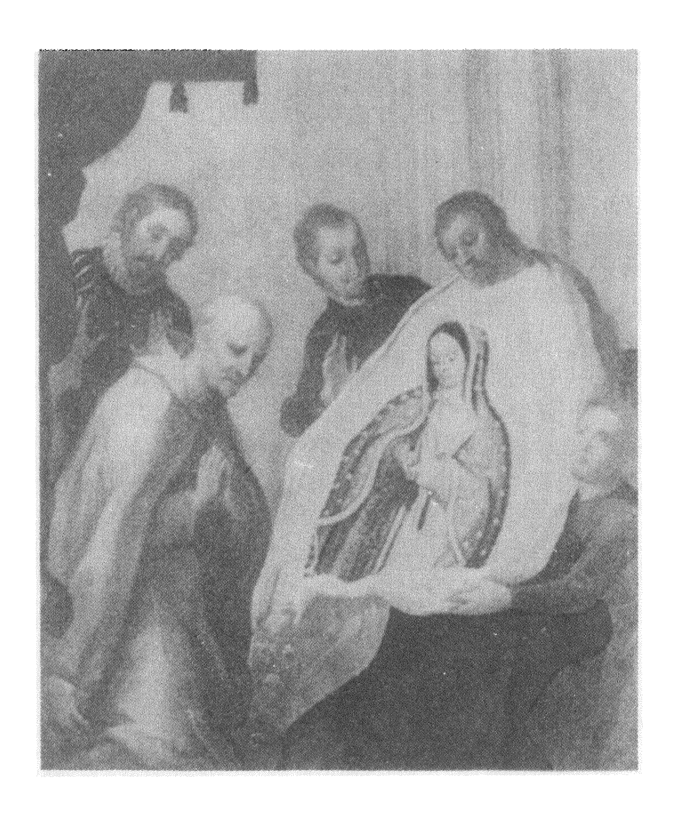
Con plena madurez de la Fe que había recibido, que coincidía totalmente con su moral india y que le prescribía ver en pobres y enfermos al propio Dios, pospuso la cita de la Señora y se pasó todo el lunes 11 consiguiendo médicos y luchando por salvar la vida del tío, pero al comprobar éste mismo que ya nada podía hacerse, le rogó que intentase traerle un sacerdote para que le preparara a bien morir. Al salir hacia México en la madrugada del martes, su exquisita cortesía india le llevó a intentar no encontrarse con la Señora, para ahorrarle

a Ella la pena de deber él negarse en ese momento a su embajada; pero ésta le salió al encuentro y le aseguró que su tío ya estaba del todo bien, usando palabras tan típicas de la cultura náhuatl y tan delicadas, que pueden figurar como las más tiernas de la literatura universal: "*Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío el más amado, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad ni ninguna otra, ni cosa punzante, aflictiva: ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa? Que ninguna otra cosa te aflija, te perturbe, que no te oprima con pena la enfermedad de tu tío, porque de ella no morirá. Ten por cierto que ya está bien.*"

Al oír Juan Diego hablar así a la Madre de Ometéotl, exactamente como hablaban las madres y los gobernantes mexicanos, desechó instantáneamente toda duda y todo temor y se adelantó a rogarle que de inmediato lo despachara a llevar al Obispo la señal que esperaba. La Virgen Santísima le dio entonces una orden insólita; que subiera al Tepeyac y le trajera las flores que encontrara. Por supuesto que él sabía que allí no había flores ningunas, por ser un monte árido y estar en pleno invierno; pero obedeció al instante y su corazón de indio se estremeció de dicha al ver ese rincón de su patria convertido en lo que siempre habían soñado sus antepasados: *Un paraíso, un "xochitlalpan"*; que "*las flores de Dios*" habían de veras nacido y arraigado en tierra mexicana. Para su mente de indio eso era la mejor prueba de la verdad de su "nueva" Fe, o, mejor dicho, de que la Fe que había abrazado por convicción, lejos de ser "NUEVA" y contraria a la de sus antepasados, era su verdadera confirmación y plenitud.

Llenó su tilma de esas flores maravillosas, fres-

cas y perfumadas, y bajó con ellas ante la Señora. En la etiqueta india, que exigía siempre flores para recibir a un huésped o entregar un regalo, no había nada más honroso que un gran Señor confiara a alguien el encargo de hacerlo por él, y esa inmensa gracia la confirmó la Señora a Juan Diego, incluso reacomodándole las flores personalmente, y repitiéndole lo que para Juan Diego era obvio: "*Estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al Obispo*". Él no podía saber que para el Obispo español esas flores no significaban nada, que exigiría no una señal clara para los indios, sino clara para él, clara dentro de su cultura.



Estampación de la Imagen
Pintura al óleo de Miguel Cabrera, siglo XVIII

Y tampoco faltó ésta: una señal clara y elocuente para un cristiano español, pues cuando después de nuevas peripecias logró verlo y desplegó su tilma "*cayeron al suelo todas las variadas flores preciosas, luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está, en donde ahora es conservada en su amada casita, en su sagrado templecito en el Tepeyac, que se llama Guadalupe*". Esto ya era claro para Zumárraga, pero mucho más lo fue comprobar que había habido el milagro de otra aparición al tío moribundo y de haber sanado éste instantáneamente, quien además refirió que Ella deseaba llamarse "SANTA MARÍA DE GUADALUPE".

A los pocos días Zumárraga inició la construcción del primero de los varios templos que albergarían esa imagen. Fue una pobre ermita hecha de adobe, pero esa pobreza era alentadora para los indios, ya que así había empezado México Tenochtitlan, con un templo miserable. Al comprobar que las "*Flores de Dios*" habían descendido y arraigado en su suelo y que la Imagen de su Madre estaba presente en la tilma de uno de ellos, se convencieron tan plenamente de que la "nueva" Fe no era nueva, que la abrazaron en masa y, hasta la fecha, esa mismísima imagen, asombrosamente conservada durante casi cinco siglos, continúa siendo el alma y corazón de México.

Juan Diego, honradísimo ante los suyos por esa elección, dejó luego casa y tierras y se entregó a cuidar el santuario y a predicar a los suyos hasta su muerte, ocurrida en 1548 poco después de la de Zumárraga, y su fama de santo no desapareció desde entonces.

El evento guadalupano y la ciencia

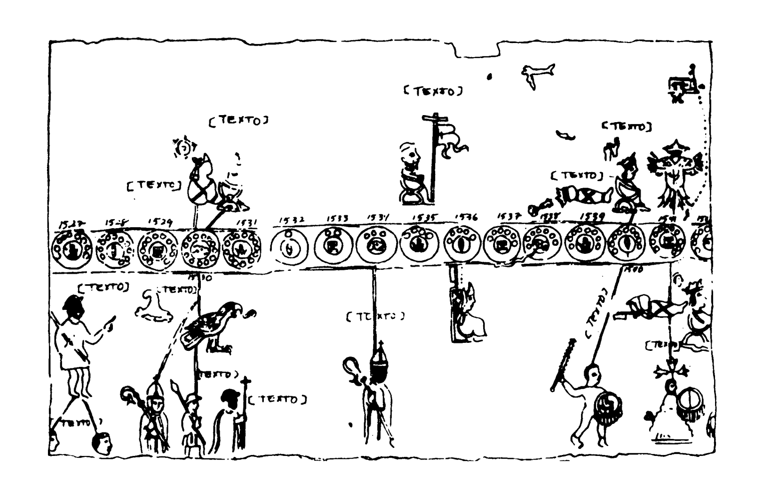
El 5 de febrero de 1990 la Santa Sede, a través de su Congregación para las Causas de los Santos, reconoció la plena historicidad de la persona de Juan Diego. Ya desde 1895 había reconocido la del Evento Guadalupano, pese a que ya para entonces un importante historiador español, *Juan Bautista Muñoz*, a fines del siglo XVIII, y un gran historiógrafo nuestro, *Joaquín García Icazbalceta*, a fines del XIX, la habían negado, basándose en que no existían documentos probatorios del siglo XVI.

De hecho la Historia, como ciencia, reconoce hoy pruebas irrefutables, aunque es cierto que muchas menos de las que esperaríamos, pues ninguno de los españoles contemporáneos pudo imaginarse la trascendencia de algo que parecía tan poco importante: Que el Obispo hubiese accedido a levantar una pobre ermita a una imagen que le había traído un indio.

Los documentos que sirven de fuente son principalmente indios, y en realidad tanto *Muñoz* como *García Icazbalceta* reconocían su existencia, pero, por ser indios, no les concedían importancia. Hoy ya no pensamos así, antes les reconocemos un valor primordial. El que parece ser más antiguo es el "*Inin huey Tlanahuizoltzin*", que es una breve narración en náhuatl, aunque atribuida a un español, el *P. Juan González*, intérprete de *Zumárraga*, documento que se conserva en la Biblioteca

Nacional de México. El principal y más completo es el llamado "*Nican Mopohua*", obra de un indio contemporáneo de *Juan Diego*, de nombre *Antonio Valeriano*, gran sabio y gobernador de indios por más de 35 años. El original, o al menos la copia más antigua del siglo XVI, está en Nueva York. Complemento de éste es el "*Nican Motecpana*", de Don Fernando de Alva Ixtlixóchitl, escrito a fines del siglo XVI y cuyo original también se conserva en Nueva York.

Tampoco faltan dibujos indios, que llamamos "*Códices*", que mencionan en alguna forma el suceso. Los principales son la "*Tira de Tepexpan*", que consigna los principales sucesos de ese Señorío desde 1300 hasta 1590, y que en 1531 pone a un águila con la voluta del habla color turquesa, (*Cuauhtlatoatzin* que refiere cosas preciosas), y abajo una procesión en la que participa un Obispo mitrado. El original se conserva en París. El "*Códice Aztactepec*" y el "*Códice El Ermitaño*" de Boturini, ambos en Puebla, Pue., el "*Códice Heye*", de Nueva York, el "*Mapa de Alva Ixtlixóchitl*" de la Biblioteca Nacional de México.



Detalle de la Tira de Tepexpan

Otra fuente valiosa son escritos indios con letras latinas y con dibujos. Tenemos los "*Anales de Juan Bautista*", los "*Anales de Tlaltelolco*", los "*Anales de Chimalpain*", los "*Anales de México y sus Contornos*", el "*Analejo de la Real Universidad*", los "*Anales de Catedral*", los "*Anales de Tlaxcala*" los "*Anales de Cuetlaxcoapan*", las "*Noticias Curiosas* (Tlaxcaltecas)", que son todos documentos del siglo XVI.

Por otra parte, también hay documentos españoles, más aún, son muchos los que, como Bernal Díaz del Castillo, mencionan *el culto* a la Virgen de Guadalupe desde el siglo XVI, y tampoco faltan los que mencionan explícitamente la aparición, como es *Juan Suárez de Peralta*: "*...aparecióse entre unos riscos, y a esta devoción acude toda la tierra*", y hasta a Juan Diego. El principal es Andrés de Tapia, compañero de Cortés, (que no conocieron ni Muñoz ni Icazbalceta pues fue descubierto y publicado hasta este siglo), y que, en 1560, afirmó: "*...para primer obispo de Tenochtitlan al ilustrísimo Señor Don Fray Juan de Zumárraga, a quien se le apareció la Santísima Virgen de Guadalupe estampándose en el ayate de Juan Diego, indio del pueblo de San Juanico, sujeto a Tlaltelolco, el día doce de diciembre...*"

Un evento histórico es la Historia quien debe examinarlo y calificarlo, pero otras disciplinas pueden aclarar y corroborar lo investigado, y, en este caso, la Pintura como ciencia y arte es una de ellas.

Aun considerando la imagen como mera obra de arte es asombrosa. No es grande: mide 170 cm por 104, (La Virgen, de los cabellos a la punta del pie derecho tiene 143 cm de altura), está atravesada perpendicularmente por una costura que une los dos lienzos de que está formado el manto, pero sin "tocar" ni la cara ni las manos, pero todos esos defectos de la tela están no sólo superados, sino aprovechados para dar más realce a la pintura, que nadie niega es bellísima, pues la ternura que

emana es tanta o mayor que la de sus palabras.

Los primeros en examinar la imagen con carácter crítico fueron los indios mexicanos, que dice el Nican Mopohua que "*fueron a controlar su carácter divino*", y su dictamen final fue que "*absolutamente ningún hombre de la tierra pintó su amada imagen*". Y ese dictamen, pese a que podría parecer fruto de ingenuidad e ignorancia, ha sido siempre reafirmado. En 1666, como parte de un proceso completo para examinar el Evento Guadalupano y obtener de Roma que se celebrase el día de su aparición, 12 de diciembre, en vez del 9 de septiembre, que en ese entonces era la fiesta principal de la Virgen, un grupo de pintores y de "protomédicos" realizó el primer estudio científico. Todos coincidieron en considerar inexplicable la pintura y su conservación, dadas las condiciones del lugar y la naturaleza de la tela.

En 1756 el pintor oaxaqueño **Miguel Cabrera** realizó un estudio completo técnico-pictórico, en el que declaró que no podía explicarse su conservación y su manufactura, pues no tenía preparación alguna, ni trazado preliminar, y los colores, asombrosamente brillantes, estaban como incorporados al tejido. La rudeza e imperfecciones de la tela, además, lejos de alterar los lineamientos de la imagen, contribuían a darle, especialmente a la cara, una expresión particularmente intensa y dulce.

Los "Protomedicos" de 1666 más bien los llamaríamos hoy "químicos", pues su papel no fue diagnosticar ni curar a ningún enfermo, sino examinar las condiciones de la tela y del lugar en que estaba. Un químico auténtico, premio Nobel en su disciplina, el alemán **Richard Kuhn**, en 1936 se dice analizó algunas fibras coloreadas del ayate, y su dictamen fue que su pigmentación no era ni mineral ni orgánica.

En 1978 el profesor de filosofía **Jody Brant Smith**, pese a no ser católico, al saber que la Imagen no había sido fotografiada sin el cristal desde

1961 y que sólo una vez, en 1946, lo había sido con fotografía infrarroja, se entusiasmó con la idea de examinarla de nuevo con los muchísimos avances que ha habido en ese campo. Consiguió la ayuda de un profesor de entomología y conocedor de pintura, **Philip Serna Callahan**, católico y experto de la NASA, y, previa la anuencia de las autoridades eclesiásticas, la noche del 4 de mayo de 1979 tuvieron a su disposición la imagen, sin cristal ni marco, y pudieron examinarla y fotografiarla con lentes y luces especiales. (La fotografía infrarroja hoy se usa habitualmente para examinar todas las pinturas antiguas, pues permite ver debajo de lo que normalmente se ve, y así pueden descubrirse el trazo original y las correcciones o adiciones que ha hecho el pintor.) Según Callahan, mientras que algunas partes —la orla del manto, la luna y el ángel, los rayos del sol, las nubes— parecen ser obra del hombre y se han dañado con el tiempo, otras —la cara, las manos, el manto y la túnica no han sufrido deterioro alguno y su coloración no es asignable a ningún pigmento conocido, ni su factura explicable con ninguna técnica humana, y, aunque en tono frío y cauto, concluye afirmando, lo mismísimo que los indios en 1531: "... *resulta inexplicable para el estado actual de la ciencia*".

Y en verdad no hay nada que explique cómo ha podido conservarse una tela, que normalmente no sobreviviría más de 20 años, durante casi cinco siglos, buena parte de los cuales no estuvo como hoy, cuidadosamente guardada y preservada, sino expuesta sin cristal a la indiscreta devoción de la gente, que la tocaba, frotaba y quemaba ante ella toneladas de cera, ni cómo resistió al ácido nítrico que en 1791 derramaron sobre ella por descuido unos pulidores y hasta a una alevosa explosión en 1929.

El rostro y los ojos en particular han sido examinados con estudios científicos más singulares. Desde 1929 un Sr. Marcué creyó notar un busto hu-



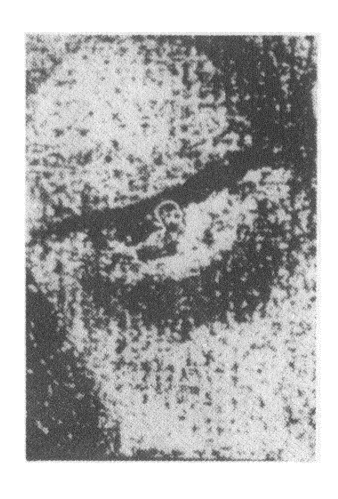
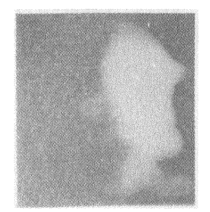


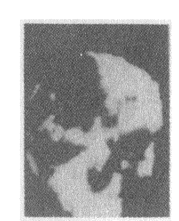
Figura de "un hombre con barba" reflejada en el ojo derecho.
Descubierta en 1929, fue nuevamente estudiada por Carlos Salinas en 1951 y luego confirmada por las amplificaciones electrónicas.

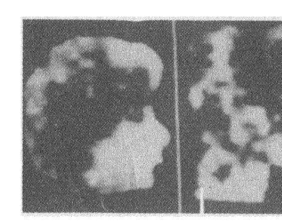




Escena completa reflejada en el ojo izquierdo y detalle de la "familia" (aumento de 2,500 veces las dimensiones originales).







Detalles: perfil del indio sentado; perfil del viejo Zumárraga (?); perfil de la joven mamá (en ambos ojos)

mano reflejado en los ojos de la imagen, y en 1951 lo confirmó el dibujante **Carlos Salinas**, y, ampliamente, el médico americano **Charles Wahling** al inicio de los años 60. Esto, de suyo, no sería extraordinario, pues todos los buenos pintores saben que los ojos reflejan los objetos circundantes como pequeños cristales convexos, y ya en esa época procuraban dar algún pincelazo que lo insinuara; pero en el caso de nuestra imagen hay mucho más; no sólo reflejan, efectivamente, una silueta que puede considerarse como un busto humano, sino que, examinados con instrumental oftalmológico moderno, se revelan ojos vivos, con verdadera profundidad y reflejan *no una, sino tres*, conforme a las leyes de *Purkinje-Sanson*, cosa que nadie sabía en el siglo XVI, y, aunque lo hubiese sabido, es absolutamente imposible de pintar con pinceles.

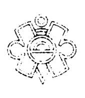
Más aún, en 1979 el peruano **José Aste-Tonsmann**, doctor en Ingeniería de Sistemas, digitalizó fotos de las pupilas por medio de computadora, aumentando hasta 2,500 sus dimensiones originales, revelando en ambos ojos la presencia de lo que parece ser una escena entera compuesta de al menos una docena de personas y con particularidades tan bien detalladas (las correas de las sandalias de un indio sentado en el suelo con ambas piernas cruzadas, un arete, una lágrima sobre el rostro de un viejo), que parecería que hay que excluir cualquier hipótesis de falsificación. Y esto, aunque no fuera exacto, demuestra sin posible duda que esa imagen no pudo ser obra de un pintor humano del siglo XVI.

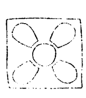
La imagen como mensaje

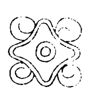
Ya Miguel Cabrera decía que *"el habernos dejado nuestra dulcísima Madre esta milagrosa memoria, bellísimo retrato suyo, parece que fue adaptarse al estilo o lenguaje de los indios, pues, como sabemos, no conocieron ellos escrituras, sílabas o frases más permanentes que las expresiones simbólicas o jeroglíficos del pincel..."* Y es claro que si a un pueblo acostumbrado a comunicarse con pinturas se le envía una imagen, ésta debe tener un significado mucho mayor. De ser así, todos los colores y detalles querrían decir algo.

Nunca sabremos *todo* lo que los indios mexicanos de entonces "leyeron" en esa pintura pero algunas cosas podemos imaginarlas. La imagen viene "entre nubes y entre nieblas", y esa expresión: "*mixtitlan a yautitlan*", significaba para los indios *presencia de Dios.*





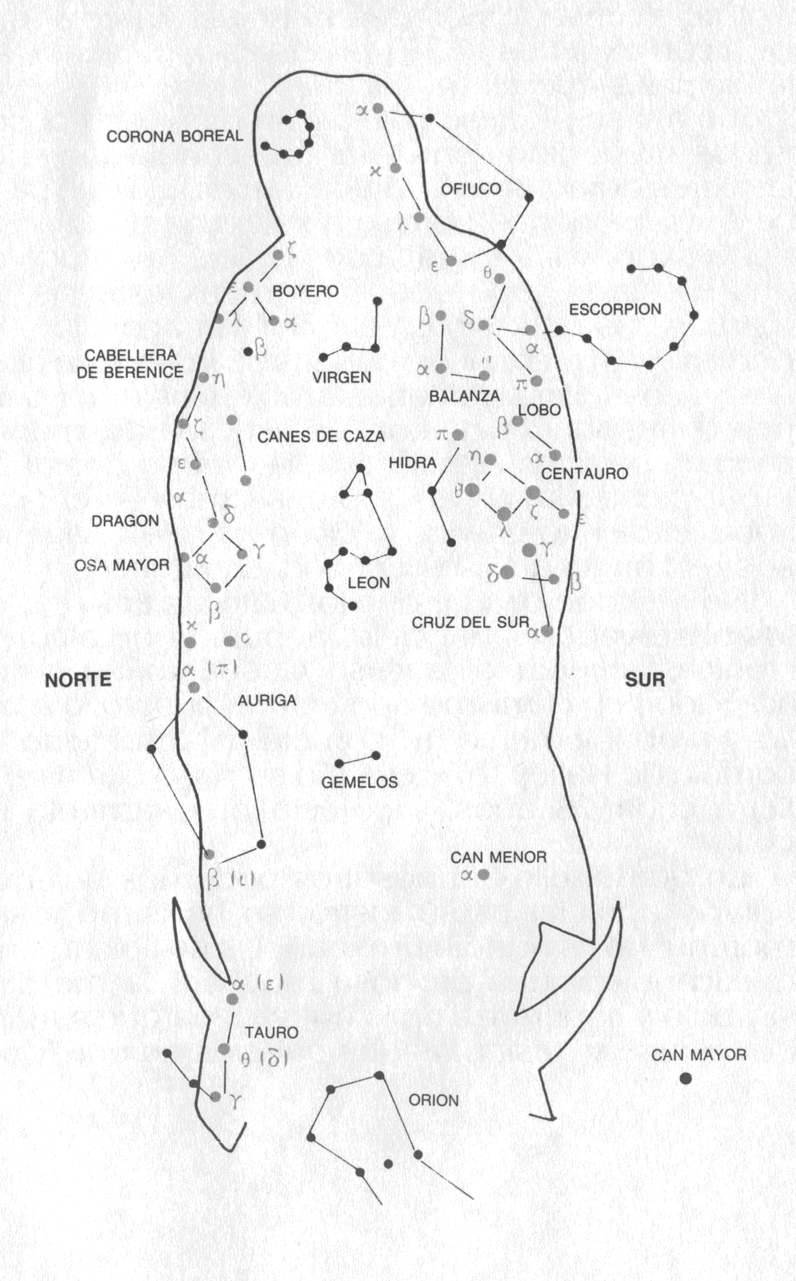




Lleva al cuello un broche, como muchas imágenes indias pero en él lleva la cruz potenzada, la cruz española. La cruz india, el "*nahui ollin*" también la lleva, pero en el vientre, en la forma de una única flor de cuatro pétalos, lo que hace eco a su categoría de Madre de Dios.



Este dibujo muestra los elementos esenciales presentes en la *tilma*: la cinta negra en la cintura; el *nahui ollin* sobre el vientre grávido; el símbolo *tepetl* (monte).



Mapa de las estrellas del cielo del diciembre de 1531: en rojo están señaladas las presentes en el manto de la Virgen.

Recientemente el P. Mario Rojas, en colaboración con expertos de la Universidad, partiendo de la hipótesis que el "*nahui ollin*" fuese el Tepeyac y que ahí se pudiese colocar un hipotético observador, ha podido demostrar una correlación entre las flores doradas de la túnica, (un dibujo que parece "desentonado" porque no sigue la ondulación del vestido) y la orografía de México, reportada en una escala 1: 1 000 000; y entre las estrellas del manto y las del cielo en el día de la aparición. Se pudieron así reconocer muchas de las constelaciones y, cosa extraordinaria, también las que no tienen correspondencia con las estrellas del manto, caen en posición significativa: la *Corona Boreal* sobre la frente; la *Virgen* sobre las manos, el *León* sobre el vientre grávido y *Orión*, el mítico gigante, sobre el ángel que sostiene toda la figura.

No hay que olvidar que los aztecas eran expertos observadores del cielo, al punto que algunas crónicas refieren al suceso Guadalupano como acaecido "*en el mismo año en que humeó la estrella*", probablemente un cometa. (Y, en efecto, el cometa de Halley, que efectúa su paso cerca de la tierra cada 76 años, ¡apareció precisamente en 1531!).

Lo que ni ellos ni nosotros podemos dejar de notar y apreciar es su rostro, su bellísimo rostro moreno, no es ni indio ni español, sino típicamente mexicano: de una preciosa muchachita mestiza, símbolo y esperanza de la nueva raza que surgiría de amarse y "*estar los dos pueblos en uno*".

¿Qué dice la Iglesia?

En el curso de los más de cuatro siglos y medio que nos separan de ese lejano 1531, la Iglesia ha siempre demostrado un vivo interés hacia el "*Acontecimiento Guadalupano*", que en estos últimos años se ha ido concretizando con el inicio del proceso de Juan Diego, que se abrió en Roma el 15 de abril de 1986 y que culminó, por la gracia de Dios, con su Beatificación el 6 de mayo de 1990.

Por esto, antes de concluir, es oportuno apuntar algunos de entre los más importantes episodios de la vida eclesial ligados a los hechos guadalupanos.

Después de las "Informaciones" del 1666, recogidas, como sabemos, para obtener del Vaticano la concesión de Oficio y Misa propios del 12 de diciembre, se debió esperar hasta el 1754 para que Benedicto XIV solemnizase la fiesta, confirmando el patronato de la Virgen de Guadalupe sobre toda la Nueva España. Se dice que el Papa había quedado impresionado, poco tiempo antes, por una copia de la imagen realizada por Miguel Cabrera y que los pintores contemporáneos consideraban "*la más semejante*" al original. (Hoy esa copia se conserva en Roma, en el monasterio de la Visitación.)

El 18 de junio de 1806, Pío VII concedió a San Esteban de Aveto, un pequeño pueblo italiano cerca-

no a Génova, la facultad de celebrar la fiesta de Guadalupe el domingo siguiente a la fiesta de San Roque. Allí se conserva una copia que perteneció a una famosa familia genovesa, la familia *Doria*, que se conoce que estuvo expuesta en la cabina del almirante *Andrea Doria* —a quien se la había regalado *Felipe II* de España durante la victoriosa batalla de Lepanto contra los turcos, en 1571.

El 12 de octubre de 1895, el *Papa Leon XIII* efectuó la solemne coronación de la imagen mexicana. Contemporáneamente, en Roma, se coronó la copia pintada por *Juan Correa* en 1669, conservada hoy en la iglesia de San Ildefonso, en la Vía Sixtina.

En 1910 *Pío X* proclamó a la Virgen de Guadalupe "*Celestial Patrona*" de la América Latina.

En septiembre de 1929 se inauguró en los jardines vaticanos un monumento de mármol, querido por Pío XI, representando a Juan Diego y a Zumárraga.

El 12 de octubre de 1935, en ocasión del cincuentenario de la coronación, *Pío XII* transmitió el radiomensaje: "Floreció el milagro" en el que afirmaba que "*en la tilma de Juan Diego pinceles que no eran de este mundo pintaron una imagen dulcísima*".

En 1960 *Juan XXIII* proclamó el Año Mariano Guadalupano, definiendo a la Virgen "Madre de las Américas".

Finalmente, es cosa de nuestros últimos días la gran devoción a la Virgen de Guadalupe de *Juan Pablo II*, quien precisamente en México, en enero de 1979, inauguró la larga serie de sus peregrinaciones en el mundo. Su devoción —como el mismo lo admitió— deriva en modo particular de la gran semejanza entre el significado simbólico de la imagen mexicana del Tepeyac y la polaca de *Jasna Gora*. La "Virgen Negra" de *Czestochowa* es, de hecho, como la "*Morenita*", el símbolo del sufrimiento de un pueblo y, juntamente, de fusión de sus etnias.

Antes de salir para México, ya en el aeropuerto de Fiumicino, el 25 de enero de 1979, expresó: "*El Papa va a arrodillarse ante la prodigiosa imagen de la Virgen de Guadalupe, en México, para invocar su maternal asistencia y protección sobre su propio ministerio pontifical; para decirle: «Totus tuus sum ego!», y para poner en sus manos el futuro de la evangelización en la América Latina...*"

Y lo hizo en efecto dos días después, el 27 de enero, en su discurso en la basílica de Guadalupe, que más que un sermón fue un diálogo con la Madre de Dios, del que vale la pena entresacar algunos párrafos:

"Salve María!"...
"Salve, Madre de Dios..."

"Tu Hijo Jesucristo es nuestro Redentor y Señor. Es nuestro Maestro. Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos. Somos los sucesores de los Apóstoles, de aquéllos a quienes el Señor dijo: «Id pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo». Congregados aquí el Sucesor de Pedro y los sucesores de los Apóstoles, nos damos cuenta de cómo esas palabras se han cumplido, de manera admirable, en esta tierra..."

"...Y desde que el indio Juan Diego hablara de la dulce Señora del Tepeyac, Tú, Madre de Guadalupe, entras de modo determinante en la vida cristiana del pueblo de México... El Papa —que proviene de un país en el que tus imágenes, especialmente una, la de JASNA GORA, son también signo de tu presencia en la vida de la nación, en su azarosa historia— es particularmente sensible a este signo de tu presencia aquí, en la vida del pueblo de Dios en México, en su historia, también ella no fácil y a veces

hasta dramática. Pero estás igualmente presente en la vida de tantos otros pueblos y naciones de América Latina, presidiendo y guiando no sólo su pasado, remoto o reciente, sino también el momento actual, con sus incertidumbres y sombras. Este Papa percibe en lo hondo de su corazón los vínculos particulares que Te unen a Ti con este Pueblo y a este Pueblo contigo. Este Pueblo que, afectuosamente, te llama «LA MORENITA». Este Pueblo —e indirectamente todo este inmenso Continente— vive su unidad espiritual gracias al hecho de que Tú eres la Madre, una Madre que con su amor crea, conserva, acrecienta espacios de cercanía entre sus hijos.'' ''¡Salve, Madre de México! ¡Madre de América Latina!''

''...Te ofrecemos todo este Pueblo de Dios. Te ofrecemos la Iglesia de México y de todo el Continente. Te la ofrecemos como propiedad tuya. Tú que has entrado tan adentro en los corazones de los fieles a través de la señal de tu presencia, que es tu imagen en el Santuario de Guadalupe, vive como en tu casa en estos corazones, también en el futuro... Yo, Juan Pablo II, con todos mis hermanos en el Episcopado de México y de América Latina, queremos vincularte de modo todavía más fuerte a nuestro ministerio, a la Iglesia y a la vida de nuestras naciones. Deseamos poner en tus manos nuestro entero porvenir, el porvenir de la evangelización de la América Latina.''

En Zapopan, cuatro días después, reiteró el papel decisivo de María en la evangelización: ''*...Como el de Guadalupe, también este santuario viene de la época de la Colonia; como aquél, sus orígenes se remontan al valioso esfuerzo de los misioneros (en este caso, los hijos de San Francisco) entre los indios, tan bien dispuestos a recibir el mensaje de la salvación en Cristo y a venerar a su Santísima Madre, concebida sin mancha de pecado. Así estos pueblos perciben el lugar único y excepcional de María en el plan de Dios, su santidad*

eminente y su relación maternal con nosotros...''

Y no fue sólo entonces que recordó esto. Lo hace siempre que habla con mexicanos o de México. En el Angelus del 13 de diciembre de 1987 se expresó así: ''*La Virgen de Guadalupe permanece también hoy como el gran signo del acercamiento de Cristo, con el cual ella invita a todo hombre a entrar en comunión, para tener acceso al Padre, Al mismo tiempo, María es la voz que invita a los hombres a la comunión entre sí (...) Hoy a Ella pedimos que indique a la Iglesia los mejores caminos que hemos de recorrer en nuestro empeño de una nueva evangelización.*''

En su último viaje a América Latina, en Sucre, Bolivia, el 12 de mayo de 1988, reiteró: ''*El Señor ha prometido que estará con nosotros «todos los días hasta el fin del mundo». Prenda de esta presencia de Jesús es también la «PRESENCIA MATERNAL» de la Santísima Virgen María... la Virgen de Guadalupe, Patrona de Sucre y de todas las Américas, Madre de Dios y Madre nuestra, nos mira y nos invita a continuar cantando su «MAGNIFICAT», como himno misionero de una nueva vida y de una nueva etapa evangelizadora.*''

En su ya inminente retorno a nuestra Patria, en mayo próximo, no podemos, pues, menos de esperar con vivo interés la confirmación y reafirmación de todo esto al permitirnos venerar oficialmente en nuestros altares a ese mensajero de la Celestial Señora, a quien de siempre y tan hondamente hemos venerado los mexicanos en nuestros corazones.

ESTA OBRA SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 24 DE OCTUBRE DE 1990
EN LOS TALLERES DE LITOGRAFICA, G. Y T.S.A. DE C. V.
CALZ. ERMITA IZTAPALAPA 2095, LOCAL 10
COL. LOS ANGELES, MEXICO, D. F.

LA EDICION CONSTA DE 10,000 EJEMPLARES
Y SOBRANTES PARA REPOSICION

ISBN 968-18-3416-X